

¿En definitiva, de quién es el self?¹

Bernard Brandchaft

En este texto clínico se incluye la descripción del caso (William, ahora un adulto con trastorno de carácter obsesivo) que será comentado más ampliamente por Shelley R. Doctors en el Seminario Clínico que se publica a continuación. El caso William es una ilustración adecuada de como las necesidades de sus cuidadores expresadas a través de mandatos sobre lo que William debía y no debía ser como niño, constituían a la vez un diseño prefabricado para su vida, ya en la infancia y posteriormente como adulto.

Palabras clave: Self, Acomodación patológica

This clinical text includes the description of the case (William, now an adult with obsessive-character disorder) that will be discussed more widely by Shelley R. Doctors in the Clinical Seminar that is published below. The William case is an adequate illustration of how the needs of their caregivers expressed through mandates about what William should and should not be as a child, were at the same time a prefabricated design for his life, already in childhood and later as an adult.

Key Words: Self, Pathological Accommodation

English Title: Whose Self is it anyway?

Cita bibliográfica / Reference citation:

Brandchaft, B. (2018). En definitiva ¿De quién es el Self?. *Clínica e Investigación Relacional*, 12 (2): 222-245. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.info] DOI: 10.21110/19882939.2018.120202

¹ Capítulo 7 de *Hacia un psicoanálisis emancipatorio*, Brandchaft, Doctors y Sorter; Routledge. Versión de 2010. Partes de este capítulo fueron presentadas en una conferencia del Instituto Psicoanalítico de Los Ángeles, 17 de marzo de 1991. Traducción castellana de Carlos Rodríguez Sutil © Ágora Relacional. Reproducido con autorización.

INTRODUCCIÓN

He destacado en capítulos anteriores¹ la esencial importancia de los procesos de diferenciación y articulación del self para el desarrollo, y he descrito el tratamiento psicoanalítico de una serie de pacientes cuya patología central en esta área adoptó una variedad de formas (véase Brandchaft, 1986). Este paso significativo en el desarrollo determina el que la experiencia del self pueda ser establecida y consolidada como el referente primario para la interpretación de los acontecimientos y para dirigir el desarrollo de un diseño de vida y de destino personal (von Broemsen, 1991).

Sin embargo, para que se produzca este logro evolutivo, los padres deben ser capaces de ese cambio profundo de perspectiva que marca su propia diferenciación psicológica respecto a su hijo. Deben haber renunciado a su necesidad de que su hijo sea el hijo ideal si deben ser capaces de apreciar y responder ante el despliegue de la dotación intrínseca del niño.

En el caso de William, que expondré brevemente, las necesidades de sus cuidadores sobre lo que el niño debía y no debía ser constituían un diseño prefabricado de su vida. Los intentos posteriores de William para liberarse de estas restricciones y permitir la expresión de un self propio tomó formas incluso más urgentes y alteradas. Cuando estos intentos eran rechazados o castigados de manera arbitraria e implacable, William desarrollo tempranamente un patrón de rabia incontrolable. Estas y otras expresiones de su identidad eran respondidas como traiciones incomprensibles y como heridas narcisistas intolerables. Lo que para William era un espíritu que anhelaba su libertad se convirtió para sus padres en algo que había que machacar.

En circunstancias como esta, el niño carece del poder para contrarrestar el del cuidador de apoderarse de su desarrollo y encadenar su rumbo. Por otra parte, el poder de los padres es abrumador. Pueden utilizar amenazas implícitas o explícitas ante la indefensión y dependencia del niño respecto a ellos. Además, los padres ejercen el rol de transmisores de la realidad última, son los que definen quién es el niño y los que dotan de significado a su experiencia. Esta posición les proporciona una herramienta tremendamente poderosa con la que atar al niño a sus marcos de referencia, y de esa forma con ellos mismos, especialmente en su definición de quién es él realmente. Los significados duraderos, negativos o positivos, esperanzados o desesperanzados, ya sirvan para alimentar o para empobrecer, se vinculan con la organización de la experiencia que tiene el niño de sí mismo y de su mundo, y se instalan en su inconsciente pre-reflexivo donde siguen conformando la calidad de su vida y determinan la dirección que ésta toma.

Las estructuras pre-reflexivas son inconscientes en un sentido diferente y más profundo que las estructuras creadas por represión. Los principios organizativos que las constituyen residen fuera de la esfera de cualquier revisión posible. Funcionan como facetas inalterables de verdad absoluta y realidad última: "hechos de naturaleza", no propiamente productos de la mente. Son los depositarios de la tradición psicológica y llegan a construir su intencionalidad. Son el lugar de la resistencia al cambio, y constituyen y definen un área de resistencia intransigente a la transformación terapéutica. Todo lo que observamos en nosotros mismos y en los otros surge de la interacción entre lo que es observado y los ojos que observan. Pero nuestros ojos revelan sólo lo que ven. No revelan los principios organizativos de la óptica o de la psicología que gobierna su acción.

Finalmente, los cuidadores poseen el enorme poder para inhibir, socavar o destruir en el niño el desarrollo de su capacidad innata para la autorreflexión, que le puede permitir la oportunidad para corregir, elegir, y juzgar de forma independiente, cuando por sí sola podría proporcionar una ruta de escape de su prisión. El niño queda incapacitado porque no puede integrar experiencias que contradicen los constructos de sus padres.

El resultado es lo que yo he llegado a considerar el trastorno más extendido e incapacitante de nuestro tiempo. La duda que atormenta, nunca resuelta, sobre quién y qué eres tú, la ausencia de referentes sostenedores internos del propio sentido y del propio self, y la falta de confianza, coraje y libertad para elegir el camino propio, todo esto está enraizado en dicho conflicto existencial.

El caso de William, la primera fase de cuyo tratamiento voy a presentar aquí, es el de un trastorno obsesivo del carácter. Su mente se ha convertido en el campo de batalla y en la cámara de tortura donde estos conflictos centrales siguen actuándose una y otra vez. William rechazó adoptar el rol que se le asignó y se convirtió en la diana de las tormentas emocionales de su madre y de su padre. Posteriormente desarrolló una preocupación obsesiva con rayos y truenos. Esto, junto con el malestar y la desesperanza que le envolvían de forma implacable, lo llevaron a buscar el análisis.

INFORME SOBRE EL CASO DE WILLIAM

William, un profesional de mediana edad, comenzó su análisis conmigo hace unos dieciocho meses con una serie de problemas. Dijo que recientemente se había sentido bajo una gran presión debido a las explosiones de rabia que hacían la vida insoportable tanto para él como para los que le rodeaban. Llevaba casado unos doce años con una mujer que quedó viuda y con tres hijos pequeños. La fuente inmediata de muchas de estas

explosiones habían sido las relaciones turbulentas que existían entre William y su ahora adolescente hijastra, Jennifer. Jennifer rechazaba sus intentos por hacerse querer y era en general poco respetuosa, provocativa y despreciaba cualquier intento por regular su conducta. Dejaba tirada la ropa allá donde se la quitaba, su habitación tenía el aspecto de que hubiera pasado un ciclón por ella, y sólo se animaba cuando estaba con el teléfono, a cualquier hora del día o de la noche. William tiene dificultades para conciliar el sueño, por lo que, entre su creciente irritabilidad y la actitud desafiante, o de resentida sumisión, de Jennifer, siempre estaba puesto el escenario para un creciente embrollo. Cuando estaban sentados a la mesa él podía lanzar un plato o levantarse e irse hacia la puerta, diciendo: "Todos estaréis mejor cuando yo muera". Entonces él podía subirse a su coche y conducir durante un rato antes de volver a casa. Normalmente este ciclo repetitivo era seguido por expresiones de contrición y autocrítica sobre lo terrible que es y cómo no se puede pedir a nadie que lo soporte. Se siente atormentado por pensamientos obsesivos de ser responsable de haber hecho daño a Jennifer y a Fran, su esposa, y por una convicción de fondo de que Fran se arrepiente de haberse casado con él y seguramente lo abandonará. No puede librarse de estos sentimientos, a pesar de que sabe que su mujer está entregada a él.

Las turbulencias no sólo marcan las relaciones de William con Fran y Jennifer, sino que también caracterizan muchas de sus relaciones interpersonales. Permítaseme citar un ejemplo típico. William ha instalado en su negocio un costoso sistema informático. Una parte de la instalación estaba averiada y, después de muchos intentos por parte del servicio técnico por repararla se decidió que era necesario sustituirla, lo que suponía un gran esfuerzo. La paciencia no es una de las mayores virtudes de William y, cuando sus diarias demandas no obtuvieron una respuesta satisfactoria, su rabia comenzó una escalada. Por debajo de sus demandas imperiosas estaba su experiencia desintegradora de ser ignorado y la convicción de que los negocios que emprendía, como cualquier otra cosa de la que pudiera disfrutar se convertiría en cenizas de manera inexorable, con lo que entró en una gran preocupación y se sintió totalmente desgraciado. El presidente de la compañía informática respondió de forma incluso más fría y cortante, y terminó diciéndole que dejara de darle la lata o que se llevara su negocio a otra parte.

Dichos incidentes reproducían los escenarios infantiles en los que el destino último quedaba en manos de otro poderoso, totalmente refractario a sus demandas o súplicas. En cualquier momento podía ser experimentado por los otros poderosos como alguien que causaba demasiadas molestias, alguien de quien se podía prescindir arbitrariamente. Esta

combinación de indefensión y desesperanza extremas, como si algún adversario estuviera decidiendo su destino final siempre estaba en algún lugar detrás de su rabia descontrolada.

Tales experiencias repetitivas con empleados, clientes, esposa, parientes políticos y colegas me trasmitían lo extremadamente caótica que era la vida de William. Al mismo tiempo, de forma bastante paradójica, William había realizado un curso prolongado en una escuela de postgrado, exigente y prestigiosa, sin interrupción y manteniendo la dedicación al trabajo. Informó que nunca había tenido o causado ninguna dificultad seria con algún profesor y que siempre había alcanzado los resultados académicos más altos, en cualquier nivel.

Miedos y nubes

Había otros síntomas que aquejaba a William. Tenía muchas fobias, incluyendo, de forma destacada, un terrible miedo a volar, fuente especial para él de preocupaciones y humillación. Su negocio requería viajar a varias ciudades y él estaba claramente incapacitado por su incapacidad para volar.

Esta fobia era tanto más misteriosa en cuanto William había sido oficial de las Fuerzas Aéreas durante muchos años y nunca se le había “dejado en tierra” hasta recientemente. Poco después de comenzar el tratamiento, hizo planes con algunos socios para asistir a una convención importante. Sin embargo, en el aeropuerto fue incapaz de subir al avión, a pesar de las incitaciones de sus amigos. William se sentía totalmente humillado, y a esta vergüenza había que añadir su preocupación, porque me había decepcionado. De esta forma apareció por primera vez en la transferencia este paradigma central subyacente, esto es, un temor terrible a decepcionarme y que yo me deshiciera de él por fracasar al no cumplir mis expectativas. Si William es él mismo, no puede mantener una relación, está convencido, mientras que, si tiene que mantener una relación, no puede ser William. Está atrapado entre dos prisiones.

Se descubrió que el miedo de William a volar era un caso especial de una preocupación subyacente, que siempre está presente y a menudo se convierte en un tormento obsesivo. Cree que está predestinado a que le ocurra una catástrofe, a él y/o a alguien que ama. Por ejemplo, siempre está preocupado por sus hijos. Una vez que su hijo menor se cayó de la cuna, lo llevó al hospital a que le hicieran pruebas de rayos X. Fueron negativas, pero William todavía está agobiado por el sentimiento de que aparecerá un tumor cerebral en algún momento. Cada vez que el pequeño Jason tiene dolor de cabeza se desencadenan

nuevos tormentos y presentimientos. Además, se preocupa porque las radiaciones a las que sometió a Jason provocarán que éste sea víctima de la leucemia.

Por la noche se conjuran en su mente una preocupación tras otra. Le entra una preocupación obsesiva con la duda e inquietud de que no ha cerrado las puertas y echado el cerrojo y que se le ha olvidado activar el sistema de alarma. Por lo que salta de la cama para comprobar y volver a comprobar.

Quizá el más intenso y pertinaz de sus temores y preocupaciones obsesivas se refiere a rayos y truenos. Se ha convertido en un meteorólogo experto y analista de las formaciones de nubes. Fuera de eso, siempre está buscando en el cielo el signo de que se está desarrollando una formación de nubes. En mi despacho observé también que a menudo prestaba atención al cielo a través de la ventana, mientras seguía hablando. Por un tiempo parecía que William consideraba que debía mantener sus distracciones en privado. No obstante, me di cuenta de que temía que me desagradaran las preocupaciones que tenía. Le dije que sentía que él nunca había tenido, y cómo lo añoraba, una asociación en la que él pudiera percibir la 'adecuación' de ser él mismo, hablando, sintiendo y pensando según su elección. Fui más allá y, poco después, le sugerí que, si él encontraba que, para mantener mi interés y compromiso, tenía él mismo que tomar distancia de sus propias percepciones y preocupaciones, como temía, esto no quería decir que hubiera nada erróneo en percepciones y preocupaciones ni en sí mismo. Yo esperaba, más bien, ayudarle para que se llegara a sentir seguro al considerar que se había producido una carencia en nuestra relación y que tanto él como yo necesitaríamos estar alerta ante eso. Según parecía, William encontró que esta intervención era útil. Cuando se encontró más cómodo en sus excursiones visuales fuera-de-la-ventana, se sintió capaz de describirme exactamente qué era lo que veía. Yo también me sentí cómodo escuchando aquello que captaba su interés. Dedicamos muchas horas a este tipo de camaradería, y aprendí mucho sobre climatología, formaciones de nubes, y sobre William.

Creo que mi interés por estas experiencias, y mi intento por comprenderlas en propio nivel de conciencia de William, aportó contribuciones muy importantes a la alianza terapéutica. Observé después de cierto tiempo que revisaba menos el cielo, tanto en mi consulta como fuera de ella. En cambio, parecía que su atención se dirigía muchísimo más a escudriñar sus experiencias internas.

William había realizado varios intentos de terapia con anterioridad, el último hacía unos años con un psicoanálisis que duró unos cinco años. Parece ser que esta experiencia sirvió de alguna forma para que cuajara su creencia de que si no era capaz de responder de la forma que otro esperaba o necesitaba, y provocaba así su impaciencia o decepción, había

una carencia esencial en sí mismo. Este patrón siguió produciéndose en la transferencia conmigo. Esto me permitió observarlo y decirle que, al parecer desde su infancia, cuando alguien se sentía decepcionado o desagradado por él, William había llegado a aceptar como propia su explicación de que él era malo, lo cual le mantenía cautivo – a él y a su sentido de sí mismo – rehén de cualquier reflejo externo. Subrayé mi opinión de que el análisis ofrecía una oportunidad para comprender este proceso de forma que pudiera reclamar la propiedad de los criterios que le definen y la capacidad para diferenciar lo que él era de lo que cualquier otro pudiera pensar. Le dije que deseaba ayudarle a desarrollar la confianza en su propia experiencia de sí-mismo, para permitirle liberarse de estos grilletes que lo encadenaban.

"Atila el Huno"

William había nacido en el medio oeste, y era el mayor de dos hermanos. Su padre era contable y fue llamado para el servicio militar, cuando William tenía cuatro años, y estuvo fuera de casa los dos años, o dos años y medio, siguientes. El primer sueño del que William informó parecía encapsular la experiencia de su infancia. En el sueño "un hombre barbudo, de pelo largo, me perseguía y yo me desperté gritando ¡'Nunca!' ". Al reflexionar sobre el sueño, William dijo que el hombre barbudo le recordaba la película *Los Cazafantasmas II*, en la que aparecía el retrato de una persona similar a Atila el Huno, que amenaza a la ciudad de Nueva York con su ceno. El hombre barbudo representaría las nubes siniestras que le han amenazado durante tanto tiempo, como Moisés.

"Tengo pesadillas frecuentes", siguió diciendo, "Atila el Huno era como mis padres me veían. Yo daba problemas, una amenaza. Constantemente se me recordaba lo malo que era, regañado, reprendido, y siempre me amenazaban con que me iban a mandar fuera. Cuando tenía cuatro años, me pusieron en una escuela de preescolar todo el día porque era demasiado difícil para que mi madre se encargara de mí. Recuerdo que estaba aterrorizado, pero no me quisieron sacar de allí. Me mandaron a un campamento de verano cuando tenía siete años". En una sesión posterior William recordaba la "nostalgia"² que sentía en el campamento y las burlas que sufrió de los otros campistas. Más adelante recordó que se le decía que cuando era bebé no conseguían que dejara de llorar, por lo que tenían que dejarlo en su cuna y cerrar la puerta y lloraba hasta quedarse dormido. Recuerda que se vigilaba y registraba cada uno de sus movimientos y se decía que estaba "azogado", que tenía "El Baile de San Vito". Decían "William no se comporta como es debido", y cuando consideraban que había hecho algo mal recuerda haber esperado con terror a que le azotaran con la hebilla del cinturón o con el cepillo del pelo, o que le mandaran a sentarse

en una silla en el sótano, y que no se moviera mientras no hubiera “¡aprendido la lección!”. Estos azotes no pararon hasta que William cumplió los 12 años. Contó amenazas constantes de ser enviado a una escuela de reforma, o militar.

Lo que desencadenó el sueño de Atila, o el amenazante Moisés, surgieron en una sesión posterior. William tuvo una aproximación con Jennifer intentando contactar con ella con una observación “de broma”, o, quizá, “burlona”, a la que ella respondió con distancia. Aquella noche, William se fue a la cama con este intercambio, con su efecto corrosivamente desdeñoso royendo su interior. Mientras él se mantenía en este estado mental, el teléfono en la habitación de Jennifer estuvo sonando con una llamada tras otra. A las once en punto le pidió que sus amigos no llamaran a esas horas de la noche y que mostraran “un poco de consideración” hacia él, según dijo. Jennifer contestó con alguna respuesta despreciativa, más o menos previsible, y la madre se puso de su parte. Él, sintiéndose acosado, le dijo a Fran, de manera poco ceremoniosa, que cerrara la boca, y posteriormente tuvo que pedir disculpas por el lenguaje que había utilizado. El incidente fue el desencadenante del sueño y sus resultados apocalípticos.

Según se fueron desplegando los recuerdos infantiles de William se observó que, desde el comienzo, no había sido capaz de ser el niño que su madre necesitaba y se consideraba perjudicada por haberlo traído al mundo. Para empezar, como bebé que sufre cólicos, había sido incapaz de acomodarse al requisito esencial de dar la menor cantidad de problemas posible. Las respuestas de su madre reflejaban su terrible decepción, y la sensación de ser traicionada y de fracaso. Ellos instalaron en él esta prolongada definición de sí mismo como una desgracia, creador de problemas, malo, que merece castigo y lo espera. Las respuestas posteriores a sus necesidades como si fueran abrumadoras, o a sus demandas como causantes de problemas, le crearon ciclos crecientes de indefensión, aumento de angustia y berrinches. Todo provocaba respuestas parecidas con el mismo sentido, que culminaba con amenazas de deshacerse de él. Estas tormentas emocionales se concretaban en sus temores y en sus reflexiones obsesivas sobre las nubes.

Los terrores por el rechazo

El matrimonio actual había sido precedido algunos años antes por una relación con una mujer joven que se convirtió para él en fuente de tormentos. Se había enamorado de una bella modelo del sur que le había visto con su uniforme del ejército del aire y que se enamoró de él. Sentía que no podía vivir sin ella, pero cuando estaba con él durante un tiempo, comenzaba a darse cuenta de que no podía casarse con ella, exactamente del mismo modo que no se atrevía decírselo. Así el asunto se estiró durante siete años,

mientras que William se sentía cada vez más atormentado. Estaba convencido de que lo había arreglado de tal manera que ella ya no sería deseable para ningún hombre que valiera la pena, por lo que la había condenado a una existencia estéril y sombría. Lleno de remordimientos e incapaz de aguantarlo por más tiempo, terminó la aventura llevándola en coche a la población de la que había venido.

William nunca se recuperó de una culpa desgarradora, y el comienzo de su preocupación con rayos y truenos empezó poco después de que esta aventura hubiera acabado. Intentando evitar una repetición de su experiencia infantil de haber causado un daño irreparable en su madre, William había prolongado la relación lo suficiente, creía, como para arruinar todo su futuro y asegurando así dicha repetición. Después de esta relación, por muy ingeniosos o desesperados que fueran sus intentos por expiar o compensar su sentimiento de culpa, se pusieron en marcha de modo inexorable presentimientos de un destino siniestro que siguieron preocupándole.

William conoció a su mujer poco tiempo después, hace aproximadamente diez años. Era una mujer atractiva que se había quedado viuda recientemente, por una enfermedad fatal de su marido. Se había quedado con tres hijos pequeños, Jennifer era la mayor. Para William, el atractivo de Fran se veía realzado por el desafío de proporcionar un padre a unos niños que no lo tenían. Esperaba que al ofrecerse sin vacilación para rescatar a estos niños sin padre probaría, ante Fran y ante sí mismo, que él era en verdad una buena persona, después de todo. ¡Oh, desgracia! El proyecto de la paternidad duró hasta la primera vez en que se enfadó con uno de los niños. Cuando tenía la esperanza de hacer las cosas mucho mejor, de nuevo se encontraba en la posición familiar de causar problemas, y, con este descubrimiento, cualquier sensación positiva sobre sí mismo se hundió. El primer y más intenso sentimiento que trajo al análisis fueron los que siguieron a esta rabieta, junto con una denuncia vitriólica de sí mismo como alguien que no merece vivir. Parecía convencido de que era inevitable que causara la ruptura de la familia y que él quedaría sólo.

Evidentemente, él esperaba algún tipo de reprimenda de mi parte por su conducta, y empecé por esto: su esperanza de que yo le ayudara a comprender sus vivencias y su temor de que en mí encontraría la confirmación de lo malo que era realmente. Posteriormente llegué a sugerir que me parecía que en estas explosiones había algo que él no podía evitar, algo fuera de su control. Dije que sería importante para nosotros examinar su experiencia en cierta profundidad para poder entender las fuerzas que entraban en acción, que le permitiera realizar cierta elección y ejercer algún control, en relación con el curso de su propia conducta. "Y – añadí – sea cual sea la explicación de lo que pasa contigo en relación

con esto, estoy totalmente seguro que no es que tú seas, esencialmente, una semilla podrida”.

Según William fue tomando conciencia de que sus reacciones de rabia eran automáticas y fuera de su control, fue siendo capaz de anticipar las interacciones que inevitablemente las detonaban. De esta forma a menudo también fue capaz de liberarse, antes de perder el autocontrol. Al mismo tiempo, su interés creciente en comprender sus patrones de experiencia sirvió para modular sus reacciones. Se evidenció que muchas de estas experiencias copiaban y reactivaban experiencias infantiles de rechazos dolorosos y humillantes, haciéndole rehén, una y otra vez, de la aterradora experiencia de que su existencia se le escapaba.

Igualmente, William fue tomando conciencia de lo omnipresentes que eran sus presentimientos obsesivos. Nunca estaban ausentes pero se volvían un tormento siempre que ocurría alguna circunstancia adversa. La enfermedad de un niño, la pérdida de un cliente y el desacuerdo con algún asociado del negocio, todo tenía un efecto corrosivo. En este sentido, cualquier discusión que se siguiera entre él y su esposa era especialmente intensa. En el fondo siempre sobrevolaba de que ella sentía estar casada con él y tenía intención de abandonarlo. Aquí también tomaba forma su temor de que, sin ella, no había existencia que pudiera concebirse. Un rasgo adicional de la vivencia de William era que no parecía capaz de diferenciar sus temores –por ejemplo, de que Fran lo abandonaría o de que Jason iba a morir de un tumor cerebral- como producto de un estado mental trastornado y trastornante a partir de la inmodificable adivinación y diseño de un futuro ya determinado. Por tanto, ninguna experiencia que surgiera en el análisis y que proporcionara algún confort, o alguna comprensión adicional, podía ser sustentada. Cualquiera de ellas sería seguida, inevitablemente, por un tormento recurrente. Este proceso repetitivo y predecible comenzó también a estimular su preocupación de que se estaba convirtiendo en una gran fuente de malestar para mí por su incapacidad para el cambio. Durante algún tiempo el principal efecto de la terapia era el aumento de su capacidad para mantener periodos de calma y relativo bienestar, aunque nunca estuviera ausente el contra-tema de fondo.

Al año de haber empezado su tratamiento, William empezó a mantener la esperanza de que podría superar su miedo a volar. Comenzó a hacer planes de llevar a su familia en avión como parte de sus vacaciones. En una sesión típica, informó de una renovada preocupación obsesiva de que su hijo Jason tenía un tumor cerebral. Unos pocos días después ese temor había desaparecido, sólo para ser reemplazado por otro provocado por el sangrado menstrual de su esposa a mitad del ciclo. No podía expulsar de su mente los pensamientos

de que ella sufría un cáncer de ovarios. Cuando intenté hacerle reflexionar sobre qué podía haber desencadenado estos temores, William respondió, después de cierto tiempo, "Podría ser -es- que mi madre y mi padre me han estado llamando. Quieren venir de visita, y yo no quiero verlos. No les he devuelto la llamada ni he hablado con ellos durante seis semanas. Han llamado de nuevo este último fin de semana y Fran habló con ellos. ¡Están allí, sentados y enfadados, esperando mi llamada! Y veo a mi abuelo señalando con su dedo y diciendo: "¡Pero es tu madre!". ¡Y yo siento como si hubiera una goma dentro de mí que se va estirando cada vez más, y está a punto de romperse!".

Hice una pausa y le dije a William: "Tal como describes esa experiencia, veo al pequeño William -pequeño y malo- preocupando a su madre y haciendo que tanto ella como su padre estén cada vez más enfadados. El pequeño William está solo en su habitación, y su mente está ocupada con la imagen de ellos, preocupados y rabiosos, y a él causando todo este malestar. Se arrepienten de haber tenido un hijo como él, un chico del que les da vergüenza hablar al abuelo o a los vecinos. El pequeño William se siente cada vez más asustado, y malo y solo. Ellos esperan que venga y se disculpe, que diga cuánto siente haberles causado ese dolor, qué malo es y que nunca lo volverá a hacer. Sabe que ellos le dirán: "¡Siempre dices eso, pero nunca cambiarás!". Y tendrá que desgarrarse antes de que ellos desconecten esa mirada de repugnancia".

Observé cómo me seguía absorbiendo cuando invoqué a este fantasma del pasado. Se quedó enganchado de la escena que había pintado para él, y entonces explotó. "¡Joder!, dijo, "¡Joder! ¡Hicieron que tuviera miedo para que yo hiciera lo que ellos querían! ¡Que yo fuera cualquier cosa que ellos necesitaran! ¡Pero no me voy a preocupar! ¡Ya he tenido bastante! ¡Estoy hasta aquí! ¡No me voy a preocupar por esto!", y se le produjo cierta calma.

Esperé, y entonces dijo: "¡Me estoy sintiendo un poco mareado!". Parecía que una tensión reemplazaba a la calma.

Yo respondí: "En lo que acaba de pasar ahora parece que en tu interior queda el residuo de su ira y las advertencias que te dirigían, ya no como rayos y truenos sino como mareo. Has desafiado una forma de ser que te vinculaba con ellos, has estirado la goma, y siempre que te atreves a hacerte cargo de tu propio destino, exactamente como ahora, te sientes separado y en peligro. Sabes que la razón de por qué no los llamas ni quieres que te visiten no es porque les quieras hacer daño, sino porque tienes la determinación de no mantener un vínculo de intimidación, de sumisión, sino sólo cuando entres ahí de forma voluntaria y libre".

William dijo: "Estoy llegando allí. Todavía tenemos trabajo por hacer, pero puedo sentir el entusiasmo en mi interior queriendo estallar".

Separaciones

Ahora quiero informar de una sesión que tuvo lugar poco después de esta que acabamos de describir. William retomaba la terapia después de un lunes de fiesta en que se había anulado una sesión, por lo que la separación física se prolongaba un día más.

William hablaba de cosas que habían pasado desde nuestra última cita. Tenían que ver con dificultades con las que se había enfrentado. Pensé que podía estar un poco nervioso por el fin de semana, y le pregunté si se daba cuenta de algo así y, en ese caso, si podía arrojar alguna luz sobre lo que le estaba molestando en su interior.

William pensó por un momento y respondió que todavía se sentía molesto con un sentimiento desagradable por no haber llamado todavía a sus padres. No quería llamarlos porque sabía que le harían sentir horrible por haberles causado preocupación por no haber llamado antes. Y no les quería llamar ahora porque ellos esperaban que los invitara para la visita anual este verano.

En la siguiente sesión comentó que había llevado a Fran a cenar a un restaurante. Se produjo un altercado con un hombre que estaba sentado en la mesa de al lado y, finalmente, dejaron el restaurante y se fueron a otro. Y añadió: "Fran dijo que tal vez yo debería verte siete veces por semana". Le pregunté qué pensaba respecto a la observación, a lo que respondió: "Ella dijo que notaba el cambio cuando yo no te veía".

Entonces le pregunté si él también notaba el cambio y si podría decirme en qué consistía. Entonces respondió con sencillez: "Me gusta venir a verte y *falta algo* cuando no te veo".

Pasó a hablar de una época anterior a establecerse en los Ángeles. Había estado decidiendo dónde establecerse y se le ofreció una gran oportunidad en una ciudad de Ohio. Visitó la ciudad, pero, estando allí, se sintió terriblemente ansioso y solitario y recordó un sentimiento de vacío muy doloroso. Añadió que ahora se daba cuenta que era el mismo terrible sentimiento que tuvo cuando se le envió al campamento con siete años, que siempre se le había descrito como "nostalgia". En ese momento pensó que esa era la razón de por qué se había casado por primera vez haciendo el postgrado, cuando tenía veintiuno. (Ese matrimonio sólo duró unos cuatro meses, y supo que había cometido un terrible error).

Le dije que los sentimientos terribles se habían mantenido evidentemente a lo largo de toda su vida desde su infancia, y que parecía que los sentimientos que había empezado a

notar sobre el fin de semana y sobre la interrupción de las visitas para las vacaciones de verano, tenía características semejantes. Si pudiéramos prestarles atención, eso nos ayudaría a comprender en profundidad –y explicar- los estados mentales subyacentes que le dificultaban retener una sensación de bienestar y equilibrio cuando estábamos separados, y descubrir de qué trataba este “sentimiento de vacío”. Le recordé la descripción que había hecho de cómo se sentía cuando pensaba en volar – “la parte inferior se cae” – y dijo que podría tener algo que ver con aquella experiencia de “algo que falta” y el sentimiento de vacío que se iba haciendo evidente en relación con mi ausencia.

Advertí que William estaba impaciente por explorar estas vivencias y, especialmente, que parecía reacio a irse.

Destello del relámpago, estallido del trueno

Quizá envalentonados por nuestra discusión sobre su ansiedad directamente relacionada conmigo, William, en las siguientes sesiones retornó a sus terrores nocturnos, su insomnio inquieto, su insomnio continuo y de por vida, sin descanso, y las tormentosas previsiones que le preocupaban cuando estaba acostado, temblando en la oscuridad. Incapaz de ver y, por tanto, de prepararse, se sentía absolutamente indefenso, y su tormento crecía. “Todo esto”, dije, “me ayuda a comprender tu tremenda sensibilidad ante la aparición de cualquier nube en el horizonte y cómo el familiarizarte con la física y con la climatología de las formaciones de nubes te ayuda a contrarrestar y contener este terror subyacente a la indefensión. Este miedo también contribuye a tu ansiedad a montar en avión, pues el estar pillado ahí de forma inesperada no te deja lugar donde correr o donde esconderte”.

Cuando William oía el estallido del trueno, se levantaba inmediatamente de la cama y se iba a acostar en el centro del salón, el lugar más inaccesible para el rayo. Él sabe que el trueno se transmite a una velocidad de 340 m por segundo, mientras que la luz viaja de forma casi instantánea. Por tanto, si se produce el relámpago, seguido por el trueno, ¡los segundos del intervalo le dirán cuán lejos o cerca acecha el peligro!

Es el crescendo del trueno, según se despliega hasta su tono final, lo que le asusta y, en ese momento, la previsión del siguiente relámpago, aquel que está esperando para alcanzarle.

Me preguntaba en voz alta qué significados personales tenían estas experiencias para William, y que parte de estas tormentosas experiencias se había repetido una y otra vez.

William respondió: “Para mí significan una violencia descontrolada e incontrolable. Significan un intento de dañarme y castigarme, para hacer que me retuerza. Nunca me gustó la violencia cuando era niño, nunca me gustó ver a alguien herido o que me hirieran.

Por eso me gustaba la lucha libre; era un juego, la gente peleaba, pero nadie quedaba herido”.

“Pero”, William reflexionaba, “ahí la gente no tenía miedo al trueno ni al rayo. Ocurre tan a menudo, todo el mundo se acostumbra. Me mudé aquí para irme de ello, pero esto me siguió. ‘No te vas a alejar de nosotros’, ello dijo”.

Noté que se había mudado aquí para escaparse de la relación con sus padres y su impacto tormentoso y dañino sobre sí mismo. Pero ello le había seguido como el rayo y el trueno, y ahora la perspectiva de que sus mismos padres le siguieran había levantado los viejos temores, le había hecho percatarse de que todavía estaba implicado en una lucha temible, ahora ya no con sus padres sino con los residuos que estaban dentro de él – los avisos siniestros de lo que le pasaría si les molestaba – eso le seguía manteniendo en sus terribles garras.

Entonces recordó que había tenido un sueño hacia algún tiempo: “Estoy en una casa, cerca de una masa de agua. Las olas al principio son suaves, pero de pronto se vuelven cada vez más violentas. Yo estoy en el segundo piso, pero las olas cada vez se acercan más, ¡y me van a tragar!”

“De nuevo”, dije, “el sueño parece hablar con tu sentimiento de una amenaza violenta que se aproxima, implacable y descontrolada, y tú impotente, inmovilizado, e incapaz de protegerte”. Me dijo que un analista anterior le había dicho que estas eran sus lágrimas, pero que él entonces no pudo conectar con elle.

William se quedó en silencio, lo que me pareció extraño, y cuando le pregunté por ello dijo que se sentía avergonzado por haberme contado eso. Tras ciertos estímulos para que lo elaborara, me dijo que yo podía sentirme ofendido, como un hombre que tenía una novia y ésta descubría que había otras.

Destaqué su continuo temor a ofenderme, quizá para que al menos un área del cielo que se mantenía clara no se viera amenazada y llena de nubes. Descubrí que era un interés suyo en algunos vínculos, que no era mío y no era conmigo, que me podría dañar y que desencadenaba este temor. Sugerí que de esta forma su vínculo conmigo, que él pensaba utilizar para liberarse, podría convertirse él mismo en otra prisión, y era, por tanto, un signo de confianza que había que aportar para que ambos siguiéramos siendo conscientes de la amenaza. Dije que al mismo tiempo parecía salir a la superficie una vieja y mortal amenaza, y que me preguntaba por ello.

Era consciente de que el compromiso creciente de William conmigo estimulaba inevitablemente tanto esperanzas como profundos temores. Había retomado un vínculo

temprano que le faltaba como parte de sí mismo, por lo que podía quedar un vacío cuando nos separábamos. Al mismo tiempo él tenía miedo de que se convirtiera en una nueva prisión que le encerrara. Me había percatado de que la clave para comprender tanto sus temores de transferencia como los temores infantiles que estaban reflejando y repitiendo, residirían en el análisis de las experiencias de soledad, el “sentimiento de vacío” y sus significados para William, que estaban ocurriendo ahora y se le hacían evidentes cuando se separaba.

También me di cuenta del enganche de tipo adictivo que el pensamiento obsesivo de William seguía ejerciendo en su mente. No era sólo cuando tenía miedo de haberme molestado que las obsesiones reafirmaban su control sobre él. También cuando sentía que yo le ayudaba a usar su propia experiencia como base para su definición y evaluación de sí mismo, y a determinar su propio camino, cuando sus presentimientos tendían a ser más siniestros y amenazantes. Yo era muy consciente de que su mente era una prisión de la que no podía escapar. Y comencé a devanarme los sesos con la siguiente pregunta: ¿Cuál era el poder abrumador que tenía esta forma auto-punitiva de pensar, y por qué seguía estando tan cargada?

William llamó un día para informar de un evento que le había causado gran impresión. Había pasado una tarde con un antiguo amigo, Ben, ocho años mayor que él, que vivía cerca cuando ambos estaban creciendo. En el transcurso de la tarde, Ben dijo que recordaba a la madre de William como alguien muy nerviosa y, entonces, le llegó a decir, en tono de reproche: “¡Y tú no hacías nada para ayudarla!”. Entonces Ben recordó que una vez, al volver a casa, vio al pequeño William en el porche de su casa con su maleta, con aspecto abandonado. Le preguntó a William que qué era lo que le alteraba. “Me estoy yendo”, dijo William, “¡y mi madre me hizo la maleta!”.

Al escuchar este recuerdo vi con claridad como se repetía su historia de forma inexorable, superando su capacidad de reconocimiento o control. Venir a una sesión conmigo era como abrir una puerta para abandonar el hogar psicológico formado por los constructos de sus padres. En sus sesiones conmigo experimentaba un modo alternativo de verse a sí mismo y a su vida. Llegó a la idea de que había otros lentes con los que podría verse y encararse consigo mismo. Pero cuando nos separábamos volvía de forma inexorable a los constructos familiares de maldad e intimidación. Se me ocurrió, cuando pensaba sobre él, abandonado y sólo en ese escalón de su infancia, que debía de haber sido una catastrófica experiencia de no ser, una interrupción de la existencia, lo que le impulsaba a volver, vencido, al único marco de referencia que había hecho que su vida fuera aceptable. Y sentí en lo profundo

que eran las olas de su sueño que amenazaban con inundarlo, y que alguna amenaza a la existencia del mismo tipo era lo que seguía funcionando ahora en su interior.

Posteriormente, William programó su viaje de avión para un mes después, un acto de valor heroico y de confianza impresionante. Coincidiría con sus vacaciones de verano y con las mías. Se volvió a preocupar por la muerte y con la humillación de no ser capaz de subir al avión, por lo que se volvió de nuevo más irritable, y esto llevó a una serie de pequeñas escaramuzas con Jennifer: "como perros que viven juntos y siguen enseñándose los dientes". Reconoció que esto era resultado de su estado de preocupación y no sintió que se tratara de una demostración de su maldad.

Antes de esta separación, que era la segunda prolongada del análisis, William señaló que se sentía capaz de prestar atención a un sentimiento que reconocía familiar. Era en relación con mi marcha, y se retraía al tiempo lejano de cuando tenía cuatro años y su padre se fue al ejército. ¿Pensaba él que era por su causa, un motivo temprano para sentirse responsable y apenado? Podía sentir, seguramente, como le pasaba a menudo, incluso ahora, que él no era una ganga, no había sido amable con su madre, con lo nerviosa e inquieta que ella era. Y ahora su marido se iba y se quedaba sola con este pequeño demonio que nadie podría controlar y que rechazaba toda disciplina.

Surgieron problemas en las relaciones exteriores de William, con un vínculo más fuerte conmigo, lo que ofreció oportunidades para el crecimiento y para alcanzar mejores soluciones. Estas situaciones ocurrieron dentro de un periodo de tiempo relativamente corto y me permitieron encontrar un acercamiento a William que pareció que sería de ayuda. Una de ellas fue un incidente con Jennifer en el que ella, cercana ya a la edad de poder conducir, iba en un coche que conducía un amigo, y el conductor violó una regla de seguridad que les podía haber puesto en peligro a los tres, a Jennifer, a su amigo y a William. William estaba asustado y, cuando volvió a casa, la desafió con una aguda reprimenda sobre la calidad de los amigos que escogía, y Jennifer salió abruptamente de la habitación con un ataque de rabia. William reconocía que había sido seco con ella, y entonces preguntó, de forma algo quejosa: "¿Por qué ella había tenido que reaccionar de esa manera?". Le respondí que era una buena pregunta y que, quizá, si era capaz de elaborarla, la comprensión que alcanzara le permitiría contribuir a la mejora de sus relaciones, cosa que yo sabía que él deseaba, sin rebajarse.

Sus asociaciones lo llevaron a las vivencias con su madre quien, como Jennifer, siempre estaba con el teléfono. Sigue sin poder soportar escucharla; eso le irrita. Padece una reacción casi física ante ella y la tiene que dejar fuera. William se detuvo un momento y

dijo: “¿Supones que ella podría haber tenido esa reacción ante mí? ¡Dios mío! ¡Nunca lo había pensado!”.

Otro caso ocurrió cuando William informó de un incidente en el trabajo, con gran agitación, diciendo que realmente la había jodido. Había tenido una discusión con un empleado y lo había maltratado, y el empleado, que le era imprescindible, se había marchado. Ahora estaba convencido de que el negocio se iba a derrumbar. Le contesté que ahora lo mejor para él sería tomar conciencia de su tendencia a hacer que este incidente encajara, que no tendría por qué llevar a esas desastrosas convicciones, dentro del escenario de un daño irreparable, una prueba de maldad, y la confirmación de que estaría eternamente arrepentido. De hecho, desde un marco de referencia diferente, lo que había ocurrido podría no estar muy lejos del toma y daca que supone la vida, y si él era capaz de liberar su mente del sentimiento de que lo había arruinado todo y ahora sufría la agonía de un destino que dictaba que su negocio se hundiría, sería capaz de considerar alternativas que le ayudaran.

Al día siguiente informó de que se había encontrado mejor. Llamó al empleado y le pidió disculpas por su brusquedad, dijo que le consideraba una parte muy valiosa de la empresa y le pedía que considerara la idea de volver al trabajo. El empleado le respondió que se lo tenía que pensar y llamó después para decir que estaba dispuesto a volver. William dijo que se sentía feliz, que lo agradecía y estaba seguro de que en el futuro sería capaz de controlarse mejor. El empleado dijo que era una gran cosa que William fuera capaz de pedir disculpas y todo se resolvió.

Desesperación y definición del self

La determinación de William por superar su miedo a volar siguió produciendo esta ansiedad invasiva que envolvía toda experiencia: la de que William, o alguien cercano, iba a morir. Su capacidad de adaptación se veía comprometida de esa forma, y su estado de tensión mental probablemente afectaba a las personas de su alrededor, incluyendo a Fran, su esposa.

Informó de un incidente en el que había maltratado verbalmente con una criada. Ella se fue y cuando él, arrepentido, la llamó a su casa para disculparse, ella se negó a hablar con él.

Así que eso dejó a Fran, ahora con un ataque de ira, para tratar el asunto. “Está bien”, dijo ella disgustada, “que digas que Brandchaft y tú estáis trabajando en ello. A él no le dejáis sin criada. Él no tiene que buscar a alguien que la reemplace y preocuparse al mismo tiempo

de gestionar una oficina". "¡No tienes arreglo!", concluyó desesperanzada. "¡Nunca cambiarás!". Él estaba convencido ahora de que su mujer estaba a punto de abandonarlo.

Comenzó entonces a hundirse en su antiguo patrón, acusándose a sí mismo de ser malo, denunciándose como inadecuado como padre o marido, ¡y pensando en verdad que todos estarían mejor en cuanto él desapareciera o se muriera! Se daba cuenta de que se estaba hundiendo en un deslizamiento acelerado de maltrato hacia sí mismo, y de alguna manera era capaz de detener este hundimiento diciéndoselo a sí mismo, recordándome a mí, que no era como si hubiera matado a alguien. Estaba mal que perdiera el control, se decía, pero *él* no era malo.

Para empeorar las cosas, hubo un rayo la noche anterior. Aunque advirtió que su ansiedad había sido menor de lo previsto, todavía se veía buscando el refugio y la seguridad de una habitación interior, fuera del camino directo del relámpago que estaba a punto de producirse.

Le sugería que a mi parecer él también esperaba encontrar un refugio protector en mi consulta y conmigo, tanto frente a los efectos del enfado de Fran sobre su idea de quién era él como de sus propios ataques sobre sí mismo, lanzados debido a que él tenía que verse a sí mismo a través de los ojos condenatorios de su esposa, y porque no era capaz de mantener un punto de vista más compasivo sobre sí mismo. Como dije, se había producido una expropiación a partir de la cual la definición de qué y quién era William se le había deslizado lejos de sí mismo, y ahora teníamos ambos la oportunidad y la tarea de reclamarla.

William dijo que temía que yo estuviera desanimado y decepcionado con él y que estuviera de acuerdo en que no se había logrado nada con su tratamiento, aunque, a pesar de este retroceso, no había dejado de sentir que estaba mejor en muchos sentidos que la primera vez que vino a verme. Sin embargo, cuando pensó eso también sentía que se estaba burlando de sí mismo, ¡creyendo precisamente lo que quería creer porque no quería admitir que tenía un diablo incurable en su interior!

En primer lugar, reflexioné con William sobre mi sensación de cómo se minaba su confianza en su propia experiencia, en sus propias percepciones y en su propia evaluación cuando entraba en conflicto con todo lo que sus cuidadores necesitaban o querían que él tuviera. Pasé a sugerir que esta erosión de su confianza en sus propios procesos mentales estaba en la raíz de su duda obsesiva y le había dejado como un barco sin timón, y que la reanudación de esa parte de su desarrollo, en la que una vez se quedó atascado, y que le

sigue haciendo tropezar una y otra vez, me parecía que debía de ser el propósito permanente del análisis.

Le dije que tenía la sensación de que él estaba llegando a reconocer de forma más completa, y a apreciar, lo importante que era para él el objetivo que se había planteado. Eso contribuyó a sus sentimientos de vacío cuando estábamos separados, como pronto íbamos a estar. Temía que me iba a perder y se iba a quedar permanentemente sin el sentimiento de sustancialidad propia, algo que estábamos en el proceso de que pudiera adquirir. "Pero", dije, "esta preocupación parece incrementarse porque temes que, como sigues estando alterado y, por tanto, me sigues necesitando, puedes convertirte en un problema demasiado grande para mí".

Entonces pasamos a explorar qué es lo que puede haber influido para desestabilizarlo y que dio lugar a los estallidos y a la incapacidad para controlarse a sí mismo en relación con la criada de Fran. Sugirió que podía ser su miedo a las inminentes vacaciones: estaba planificando este viaje para estar con su hijo y, después, ser capaz de acudir a la conferencia en el Este, con sus amigos, en la que no había podido participar el año. Sabía, dijo, que iba a tomar ese avión. Por lo único que estaba preocupado es porque le mataran.

Manifesté mi reconocimiento de su determinación para enfrentarse a aquello que le producía tanto terror. Le llegué a sugerir que yo quería ayudarle a reconocer que, aunque él temiera que el avión se pudiera estrellar y el moriría, este conjunto de ideas carecía de todo apoyo, no poseían un átomo de clarividencia o de relevancia respecto a lo que pueda pasar o no. Aunque los acontecimientos que ha experimentado han predeterminado que pueda y deba pensar, en verdad, como lo hace, dichos acontecimientos no han predeterminado el curso del avión o el resultado del viaje. *Ese* curso estará determinado por acontecimientos y consideraciones que son absolutamente independientes de sus miedos y de las advertencias que su madre le ha inculcado, y, en definitiva, independientes de él. El avión actúa de acuerdo con leyes propias, no con aquellas que él le atribuye. Se le imprimió de forma temprana el mensaje indeleble de que, si causaba problemas, como los que había causado con Fran y la criada, es porque el era simplemente una fuente de problemas y necesitaba, como inexorablemente ocurriría, que se le enseñara una lección que nunca olvidaría. ¡Estaría acabado!

Le dije que quería ayudarle a que se escapara de la tiranía de estas amenazas. También esperaba ayudarle a que percibiera que no estaba en un peligro mayor o menor que ninguno de los pasajeros que habían realizado ese viaje cien mil veces sin ningún percance. El peligro de este próximo viaje, le dije, estaba en que él podía no ser capaz de reconocer

que el peligro no estaba en el viaje de avión sino en el estado mental que le conducía de manera tan cruel y determinaba hasta el momento la calidad de su vida.

Volvimos al incidente con Fran y el reconocimiento del efecto que su enojo (el rayo) había tenido sobre él, su propio sentido de sí mismo, la manera en que se definía a sí mismo y el temor de que yo me librara de él.

Le dije: "Qué pena que nadie en tu infancia te haya ayudado a poner en otra perspectiva los acontecimientos, o conductas, que les ha seguido causando problemas a ellos. Que pena que nadie haya parecido reconocer que esas conductas, las de ellos, las tuyas, las de todo el mundo, están multi-determinadas, no tienen una única causa. Nadie reconocía que ese progreso nunca se da siguiendo una línea derecha ascendente, o que cada día puede estar lleno de sol, pero no tiene por qué. Todo el mundo creía que, en virtud de cualesquiera peculiaridades que les hacían ser quienes eran, que ni tú ni ellos habíais logrado nada, que no había esperanza contigo. Todo esto está ahora tan profundamente entrelazado en la fábrica de tu propio ser, que parece una parte inseparable de tu self más puro y auténtico. Todo esto estaba inserto de forma indeleble en ti por una madre abrumadora, a quien Fran precisamente te recordaba, por haber estado a su lado una y otra vez porque tú no hacías o sentías lo que ella necesitaba que hicieras, el eco de una madre gritando, fuera de control, que se siente frustrada, traicionada y sin esperanza: "¡Lo has hecho otra vez! ¡No sé que voy a hacer contigo! ¡Nunca cambiarás! ¡Nunca te arrepientes de verdad! "

William escuchó con atención y dijo: "Recuerdo un juego al que yo solía jugar, una y otra vez. Tenías que dejar caer una pelota por un plano ligeramente inclinado, y había cincuenta hoyos en los que debías evitar que cayera. Podías controlar con dos palancas la inclinación del tablero, el giro a derecha o izquierda y delante o detrás, según descendía la pelota. ¡Pero si lograbas superar cuarenta y nueve hoyos, y la pelota caía en el cincuenta, habías perdido!"

"Supongo", dijo con melancolía, "que todavía estoy intentando moverme hacia abajo por algún recorrido, sin caerme en un hoyo antes de sentir que tengo algún valor".

La interrupción veraniega se siguió acercando, la conclusión de catorce meses de tratamiento. El último día era dos días antes de la fecha en que William había programado sus propias vacaciones, que debían incluir este importante viaje de avión. Dijo que sabía que estaba desafiando al destino y vencer su terror volando. Según quiso la suerte, los cielos se habían nublado, y estaba previsto que seguirían así por lo menos el resto de la semana. Esto incitó en William la previsión de un evento siniestro. Así que pasó una noche sin dormir. Informó del siguiente sueño:

Estaba en un campamento, metido en una lucha a vida o muerte. Mis adversarios eran japoneses, y me estaban disparando en tanto yo tenía un arma en mis manos, intentando eludirlos. No tenía miedo. Entonces, de pronto, sentí que una bala rasgaba la piel de mi pecho. Me dolía, pero estaba vivo, pero ahora estaba atemorizado. Miré a la herida. Parecía ser una herida en la carne, pero había trazado un camino hacia arriba, y no era capaz de evaluar el daño recibido o asegurarme de ello. No podía ver por debajo de la piel.

William captaba que el sueño reflejaba que no se trataba simplemente de un viaje de avión sino de una pelea a vida o muerte en la que estaba implicado, algo mucho más serio que sus peleas con Jennifer o Fran. Nada menos que una lucha por la supervivencia. Se había hecho más consciente de ello. Se detuvo u dijo que se preguntaba qué era eso en su forma más pura y original. William se detuvo de nuevo y, entonces, pensando profundamente, dijo: "Es más de lo que yo esperaba como castigo por el mal que yo había hecho – más que eso – más que un intento de expiación. Y, en lo más profundo, soy consciente de que siento que no me he ganado el derecho a la vida y que yo, o algún otro, borrará el hecho de mi existencia. ¡No me he ganado el derecho a nacer y desde entonces ke he sentido incómodo de estar vivo!".

Terminaré la relación de esta fase inicial de análisis en este punto. William subió al avión y sus vacaciones se desarrollaron sin dificultades. Ni él ni yo pensábamos que este sería el final de sus viajes ni de su trabajo. Sin embargo, yo creía que se habían sentado las bases para continuar la investigación sobre la naturaleza de sus tormentos obsesivos, y, en especial, su poder adhesivo. El desarrollo posterior de esta lucha contra la expropiación de un self, y la reclamación de su devolución, será demorado para un momento posterior. Permítaseme decir aquí sólo que alimentando sus ansiedades también estaban sus temores no expresados sobre cómo me podía estar dañando de forma inadvertida. Recordemos el incidente con Fran, cuando ella, enfadada por la pérdida de su criada, hizo la cáustica observación sobre su trabajo con "Brandchaft", con la clara indicación de que no le estaba beneficiando bastante – a él y a ella. Como sólo posteriormente percibí, esto probablemente desencadenó en William temores adicionales de que yo me sentiría afectado negativamente por otras críticas sobre mi tratamiento y le haría a él responsable por el deterioro de mi reputación. De hecho, este tipo de reacciones se volvió más pronunciado después, en los meses siguientes, y supuso un serio problema según progresaba el análisis.

Conclusión

He presentado esta relación de la primera parte del análisis de un paciente que sufría un trastorno obsesivo. Los mecanismos mentales obsesivos, cuando se convierten en el foco de una indagación empática, eran vistos como el reflejo de un área específica de detención en el proceso evolutivo de la diferenciación del self y de su articulación. Como consecuencia, el establecimiento y consolidación de la experiencia del self como referente primario en el sentido del self del paciente y en su definición nunca ha tenido lugar. El paciente, en consecuencia, permanecía anclado a la del self y a los constructos parentales que los padres necesitaban para intentar controlar el curso que tomara el desarrollo del paciente. La reanudación del proceso evolutivo se hizo posible dentro del contexto de un vínculo terapéutico psicoanalítico. He intentado describir algunas de las características de dicho vínculo, junto con algunos de los procedimientos terapéuticos que fueron posibles en el caso de William.

COMENTARIO

El estudio de caso, previamente no publicado, proporciona una visión más extensa y detallada del enfoque clínico de Brandchaft de lo que él ha ofrecido en ningún otro lugar. El paciente, William, sufría de una preocupación obsesiva por las nubes, el rayo y el trueno; varias fobias, incluyendo el miedo a volar, y un profundo malestar y desesperación refractarios a los intentos analíticos previos, intensivos y de larga duración. Sus conflictos y reacciones de ira eran claramente evidentes, aunque su certidumbre de que él era la causa de sus propios problemas y que los otros le abandonarían era menos evidente, aunque dolorosamente real para él.

Desde un punto de vista diagnóstico, Brandchaft ve a William como un caso de trastorno obsesivo del carácter. Sin embargo, más importantes son las dudas que atormentan a William sobre su propia naturaleza, que sintetizan el dilema evolutivo que es el tema de los capítulos anteriores. El foco en la articulación del self y si el medio intersubjetivo puede proporcionar el almacén evolutivo en el que la experiencia del self pueda establecerse y consolidarse, como el referente primario para la interpretación de los acontecimientos y para dirigir el desarrollo de un diseño de vida y de destino personal. En el caso de William, los obstáculos comenzaron con las propias dificultades de sus padres para diferenciarse de él, pues no podían ver a William como era fuera de sus sueños de lo que un niño podría ser. Como Martin en el capítulo anterior, que sintetiza la solución "rebelde" del problema de armonizar necesidades de vínculos próximos con el deseo de una vida propia, como Mr. N en un capítulo anterior, que sintetiza la solución "sumisa", William creía que si él era él mismo, no podría mantener una relación, y que, si la mantenía, no podría ser él mismo. El

dilema resultante es descrito por Brandchaft como “el trastorno más extendido e incapacitante de nuestro tiempo”.

El informe del caso describe sólo la parte inicial del tratamiento, pero está repleto de ilustraciones sobre la forma de actuar de Brandchaft y su responsividad. Brandchaft fue sensible a los primeros signos de los temores de William cuando entró en la transferencia (inicialmente en la forma del temor a desagradarle), y maneja la situación sin cubrirla con reaseguramiento. Más bien habló del anhelo del paciente por una asociación en la que pudiera sentir, pensar y decir lo que quisiera. Señalándole con suavidad los desafíos futuros en la transferencia, añadió que, si William alguna vez sentía que tenía que mantener sus pensamientos y sentimientos en privado, dentro del análisis, esto indicaría que se tenían que enfrentar juntos con el problema. Sus interpretaciones genéticas - “cuando alguien se sentía decepcionado o desagradado por él, William había llegado a aceptar como propia su explicación de que él era malo” – eran mezcladas de manera similar con la esperanza de cambio – “el análisis ofrecía una oportunidad para comprender este proceso de forma que pudiera reclamar la propiedad de los criterios que le definen y la capacidad para diferenciar lo que él era de lo que cualquier otro pudiera pensar”.

Brandchaft sostiene que el niño carece del poder para contrarrestar la necesidad de un cuidador rígido y no reflexivo de apoderarse de su desarrollo: “Los padres ejercen el rol de transmisores de la realidad última, son los que definen quién es el niño y los que dotan de significado a su experiencia”. Los significados experimentados en la familia, ya sirvan para alimentar o para empobrecer, se convierten en parte de los principios organizativos pre-reflexivos inconscientes del niño (Atwood y Stolorow, 1984) y continúan moldeando su vida de modo inconsciente. De acuerdo con eso, Brandchaft reconoce que el paciente posee una abundancia de escenarios subyacentes y significados preestablecidos en los que se asimilan los acontecimientos del día a día. El analista ni corrige ni revisa al paciente, sino que le ayuda a reconocer sus propios marcos de referencia y le ayuda, de manera esencial, a desarrollar su capacidad para distinguir su propio punto de vista sobre cualquier circunstancia de los significados automáticos que se “instalaron” hace mucho.

En lugar de contradecir una de las ideas mórbidas, auto descalificadoras, de William, Brandchaft le anima a explorar el pensamiento o sentimiento en profundidad, como para comprenderlo mejor, aceptando así la creencia del paciente sin compartirla. De esta forma William comienza a reclamar (o a desarrollar) una capacidad para la autorreflexión. Brandchaft es bien consciente de los dolores que acechan le desafiar o cambiar “una forma existente de ser” que está conectada con los padres y es sensible a la “separación y peligro” que William sufre cuando empieza a atreverse a hacerse cargo de su destino. Brandchaft

también sintoniza de manera extraordinaria con las sensaciones y sentimientos que esperan a William en el desarrollo de nuevos vínculos de apego con él, cuando vuelve una y otra vez a preocupaciones paralelas a sus experiencias con sus padres en la infancia, y con la creencia de que se va a convertir en una rémora para Brandchaft, que le rechazará por ello.

REFERENCIAS

Brandchaft, B. (1986). Self and Object differentiation. In R.F. Lax, S.Bach & J.A.Burland (Eds.), *Self and object constancy* (pp. 153-176). New York: Guilford Press.
von Broemsen, F. (1991). *The sovereign self*. Unpublished manuscript.

Original recibido con fecha: 20/04/2018 Revisado: 10/5/2018 Aceptado: 30/05/2018

NOTAS:

¹ N.de. T: De la obra: Brandchaft, B., Doctors, S., Sorter, D. (2010) *Toward an emancipatory psychoanalysis: Brandchaft's intersubjective vision*. New York: Routledge

² N. de T.: En inglés "homesick" que literalmente quiere decir "malo" o "enfermo" de (añoranza del) hogar.